Núm. 174.

SAYNETE NUEVO
INTITULADO:
LA EMBARAZADA RIDÍCULA.
POR D. RAMON DE LA CRUZ.

¡Oh quanto le acomoda
el verse embarazada
á alguna de las damas á la moda!
¡Petardista, golosa, y mal criada!
¡Triste quien la complazca, y quien la enoje;
y triste todo quanto se le antoje!

PARA DOCE PERSONAS.

Doña María Torquata, dama embarazada.
Su Madre.
D. Felipe, su marido.
D. Luis, su amigo.
D. Celedonio, Médico.
D. Roque. } *Petimetres.*
D. Claudio. }
Doña Inés. } *Petimetras.*
Doña Juana. }
Criada primera.
Otras Criadas. Criados.

Voces de revendedoras dentro. La escena es en Madrid. Calle pública, y sale D. Felipe.

Fel. ¡Que haya hombre que se case
solo porque otros se casan,
sin detenerse á pensar
los trabajos que le aguardan!
¡Ah perro de mí, qué bien
me estaba como me estaba
sin cuidado alguno, y sin
tener que contemplar gaytas,
que por mas que uno las temple,
nunca suenan afinadas!
Mas no hay otro medio, que
matarse, ó sufrir la carga.
Vaya, que aprension como ella
no es creible: vaya, vaya.

Sale D. Luis.

Luis. ¡Señor D. Felipe!
Fel. ¿Dónde
iré yo con mi embaxada,
que no me tengan por loco,
ó me den de bofetadas?
Luis. Amigo, ¿en qué vais pensando,
que llevais tan extraviadas
la vista y las atenciones?
Fel. ¡Oh señor D. Luis! Llevaba
distraído el pensamiento
con ciertas extravagancias.
Luis. Vamos claros: ¿es algun
disgustillo con madama?

Fel. No, porque esos con la misma
fuerza que acometen, pasan.
Luis. ¿Son zelos?
Fel. Ya no se estilan.
Luis. ¿Disteis alguna estocada
á alguno?
Fel. No. *Luis.* ¿Teneis deudas?
Fel. Aun es mayor mi desgracia.
Luis. Hablad, hombre.
Fel. De vergüenza
se me está ardiendo la cara.
Luis. Decidme qué teneis?
Fel. Tengo
mi muger embarazada,
y es loca y antojadiza.
Luis. Pues no digais mas, que basta
para que perdais el juicio,
si pretendeis contemplarla.
Fel. Si yo os dixera qué antojos
se le ofrecen.
Luis. No me espanta,
que por antojos sé quien
comió ratones.
Fel. ¡Qué bascas,
qué manías que la dan!
Y en replicándola, rabia,
se pone á llorar, y dice
que pretenden sofocarla
la criatura en el cuerpo;
de suerte está, que empalaga
á veces aun á su madre:
y á las amigas que trata,
si les ve algo bueno, dice
que se le antoja, y lo agarra.
Luis. De ese modo os hará rico.
Fel. Tomáramos que alcanzara
solo para golosinas
el sueldo; pero me gasta
aun la paciencia.
Luis. ¿Y ahora
hay antojito en campaña
difícil de hallar? Decid.
Fel. ¡Ay es una patarata!
Hoy ha pedido mas de
cien cosas extraordinarias:
ved quales serán, que entre ellas
acaso es la menos rara,
pedirme con grande empeño
que á toda prisa le trayga
escabeche de almendrucos,
y agua de limon asada
en parrillas: ved si habrá
cocinero que la haga.
Luis. Amigo, eso solo puede
haberlo pedido en chanza.
Fel. ¿Chanza? sino se lo llevo
alborotará la casa.

Sale D. Celedonio.

Cel. Con el tiempecillo están
las gentes acatarradas
fuertemente, y lo peor es
que algunos pican en asma.
Fel. ¡Oh señor Doctor!
Cel. Amigo,
¿qué tal le sentó á madama
la sangría?
Fel. Grandemente.
Cel. Luego que la vi la cara
encendida, conocí
que era preciso evacuarla.
Fel. ¿Cómo no habeis vuelto á verla?
Cel. La voluntad no me falta;
pero, amigo, falta el tiempo,
porque hay mucha gente mala
en Madrid.
Luis. ¿Y de qué males?
Cel. Alguna gente casada
se queja de la cabeza,
y hay quien la tiene inflamada:
la gente viuda padece
hipocondrías y ansias;
y las solteras á vista
de los refriados braman.
Luis. Mucho tendreis que hacer.
Cel. Mucho:
y si yo no despachara
con tanta facilidad,
habria mas. No es por jactancia,
pero mire usted la prueba:
en la presente semana
entré con quarenta enfermos,
y hoy ya no tengo en la cama
sino diez.
Fel. ¿Pues y los treinta?
Cel. Ya han salido de su casa.
Fel. ¿Y todos sanos?

Cel. De modo
que hay convalecencias largas;
dos puede ser que se mueran,
porque están peor que estaban;
pero á los demas es cierto
que ya no les duele nada.
Fel. Dígame usted, ¿y hay remedios
como para las quartanas,
para los antojos de
mugeres embarazadas?
Cel. Conforme las complexîones.
Hay xarave de esperanzas,
si es dócil.
Fel. ¿Y si no es dócil?
Cel. De neguilla.
Fel. ¿Y si no alcanza,
por ser complexîon altiva?
Cal. Ponerle una cataplasma
de azotes en el reverso
del vientre, y está curada.
Fel. Mirad que os hablo de veras,
amigo.
Cel. ¿Pues qué, madama,
adolece de ese achaque?
Fel. En tal grado, que me mata
con tantas impertinencias.
Luis. Vos sois un pobre Juan Lanas:
si de ese modo se sale
con quanto le da la gana,
hace bien: hacedla ver
vos que conoceis la maula.
Fel. Pero si dice su madre
que es preciso contemplarla,
aunque la casa se pierda,
porque no se pierda un alma,
y suele ser de los mas
antojos la madre causa.
Cel. Puede ser esté tambien
vuestra suegra embarazada.
Fel. No puede ser, que es doncella.
Cel. Eso es bueno::
Fel. ¡Qué ignorancia!
viuda he querido decir,
sino que tengo atronada
la cabeza de pensar
las cosas que á mí me pasan.
Cel. Pues yo lo compondré todo,
y vereis sin irritarla,
como la curo el humor
antojadizo.
Fel. Curadla
tambien el humor goloso.
Cel. Eso es á lo que no basta
ningun Médico, porque
es propension heredada.
Fel. ¿Y quándo ireis?
Cel. Al instante,
que es gran prenda la eficacia
en un Médico, y yo no
soy como otros migas blandas,
que están con observaciones
moliéndole las entrañas
al enfermo; yo receto
todo quanto me da gana,
porque si el enfermo muere,
luego dicen en la casa:
»Si el Doctor era un borrico:
»sobre que no mandó nada."
Y aunque muera, si les queda
algun ciento de garrafas
de gatuperios y emplastos,
le añaden á un hombre fama,
diciendo: »Sin duda que
»su muerte de Dios estaba,
»porque el Médico no pudo
»hacer mas; dexó apurada
»la botica; once sangrias
»le hizo; creemos que pasan
»de quarenta las ayudas:
»hasta ventosas sajadas
»y cantáridas le echó."
Con que, amigos, es ventaja
de un Médico ser ligero
de manos, caiga el que caiga;
porque un hombre se acredita,
los parientes no se agravian,
el boticario se alegra,
y el muerto no habla palabra.
Luis. Bien decís.
Cel. A Dios, amigos,
que voy de quatro zancadas
á decirla que se dexe
de antojos y pataratas,
que no coma porquerias,
y tome buenas substancias.
Fel. Esperad, iremos juntos.

Cel. No puedo, porque me aguarda
una junta formidable.
Luis. ¿De alguna enfermedad rara?
Cel. No señor, con mi cochero,
sobre consumo de paja. *vase.*
Luis. Este Doctor no me gusta.
Fel. Bien se conoce que usted habla
de memoria; mire usted,
es hombre de tanta gracia
y tanta resolucion,
que en entrando en una casa
todos se mueren por él.
Luis. Pues muy buen provecho os haga;
pero yo, amigo, jamás
me muero por lo que mata.
Fel. Venid conmigo, y vereis
la verdad acreditada
en el modo de portarse:
que si á mi muger amansa,
ya es una cura de prueba.
Luis. La dexará peor que estaba.
Fel. Vamos allá, y lo veremos.
Luis. Solo por daros matraca,
he de ir allá.
Fel. Norabuena.
Los 2. Veremos en lo que para.

Mutacion de salon corto. Salen Doña María Torquata sostenida de D. Claudio y D. Roque de petimetres, la Madre de señoro mayor, y dos Criadas.

Mad. Hija, por Dios que te animes,
porque á las embarazadas
les conviene el exercicio.
Mar. Sobre que estoy tan pesada,
que no me puedo mover.
Roq. Pues, señora, otras madamas
conozco que están así,
y se pasean y baylan
como si tal cosa hubiera.
Claud. Entre la gente ordinaria
se suelen hallar algunas,
es verdad; pero una dama
nunca debe sostener
la ilusion de delicada
como en ese caso, y ya
que no estén exceptuadas
por naturaleza, y es fuerza
que del arbitrio se valgan
del melindre, y del antojo
prohibido á la gentualla.
Mar. D. Claudio, vos pensais bien:
venga una silla ::: esa es alta.
Claud. ¡Qué error! ¿ignorais que debe
ser la silla grande y baxa?
Mar. Si es un zoquete.
Mad. Traed
sillas.

A las Criadas.

Criadas. Ya están arrimadas. *vanse.*
Mar. Crea usted, madre, que solo
de venir desde la sala,
no puedo echar el aliento.
Mad. Lo propio á mí me pasaba
quando estaba en cinta, y eso
que paria cada semana.
Claud. ¡Oh! desde la sala á aquí
hay una buena tirada.
Roq. Sí, que habrá unos veinte pasos,
ó veinte y dos.
Claud ¡Ay no es nada!
Roq. ¡Habrá tal adulador!
Mad. Señor D. Roque, la caxa,
tomaremos un polvito.
Claud. Dios quiera que con bien salga
de sus manos: tome usted. *(ap.*
Mad. Mira, María Torquata,
mira que bonita.
Mar. A verla:
está muy bien acabada.
Oye usted, ¿dónde las venden?
Roq. No discurro que se hallará
otra: pero si esa os gusta,
no necesitais comprarla.
Mar. No, no lo digo por tanto:
¡bonita soy yo! tomadla.
Roq. No tomaré tal, señora.
Mad. Mira del modo que te hallas,
niña; si te se ha antojado,
primero eres tú que nada.
Claud. Dice muy bien mi señora
su madre de usted, madama.
Mar. La tendré un rato, despues
yo procuraré olvidarla:
y crean ustedes deseo
salir de esta patarata

de embarazo, porque todo
se me antoja; y como andan
que es materia escrupulosa
negar lo que á una le agrada,
es chasco el andar pegando
petardos.

Roq. Para el que paga. *ap.*

Sale un Criado.

Criad. Ahí fuera están mi señora
Doña Inés y Doña Juana.

Mad. ¿Pues por qué no entran?

Salen Doña Inés y Doña Juana.

Mar. ¡Queridas,
cumplimientos en mi casa!

Inés. Perdona, que hasta ayer no
supe que estabas sangrada,
por eso no vine antes.

Juan. Hijita, ¿cómo lo pasas?

Mar. Muy bien: vámonos sentando.

Mad. No ha sido cosa, á Dios gracias,
sino solo una aprehension.

Mar. ¡Válgame Dios, qué guapas
venís!

Inés. ¿Pues qué cosa traigo
yo que no sea ordinaria?

Juan. Ni yo tampoco.

Mar. ¿Pues pueden
ser mas bonitas las batas?

Roq. Si se le antojan, las hace *ap.*
ir en camisa á su casa.

Mad. Mejores son los pendientes:
mira, María Torquata.

Mar. Ya los habia reparado;
pero porque no pensaran
que era antojo::-

Inés. ¡Jesus, hija!
antes lo que yo me holgara
es que fueran de brillantes.

Mar. ¿Pues qué son piedras de Francia?

Inés. Sí.

Mar. Pues no, no te los quites,
que todo lo que se alaba
no se antoja.

Inés. Sin embargo,
la materia es delicada:

Se los quita.

los has de tomar.

Mar. No haré.

Inés. Vamos, no seas porfiada.

Mar. ¿Ven ustedes tal porfia?

Inés. Si los has de tomar.

Mar. Vaya,
los tomo, porque no digas

Se los pone.

que te dexo desayrada..

Sale D. Celedonio.

Cel. A los pies de usted, señora.

Mar. ¡Oh señor Doctor! ¿Qué causa
os trae, sin que os lo supliquen,
á favorecer mi casa?

Cel. Es visita de amistad.

Mar. Pues estoy desazonada:
algun angel trajo á usted:
¿mirad el pulso?

Cel. No hay nada.
¿A ver el otro?::: tampoco;
estais como una guitarra.

Mad. Pues es milagro, porque
tiene la pobre muchacha
un embarazo fatal.

Cel. ¿Pues qué tiene?

Mad. La desgracia
de que está siempre pensando
en cosas extraordinarias
que comer, y ya nos tiene
las paciencias apuradas,
porque no prueba bocado.

Cel. ¿No lo dixe yo, que hallaba
debilidad en el pulso?
Si á mí nada se me escapa.
Es menester sujetarse:
mandad que al punto la traigan
una tacita de caldo
con quatro sopas.

Mad. ¿Muchachas?

Mar. ¡Caldo! ni verlo.

Sale Criada primera.

Criad. 1.ª Señora.

Mad. Dispon al punto á tu ama
unas sopas.

Mar. No las quiero.

Mad. Haz lo que te mando, marcha.

Criad. 1.ª No tendremos mala fiesta
de toros para tomarla:
en mi vida he de casarme,
por no verme embarazada. *vase.*

Inés. Ello es cierto que es trabajo;
pero es preciso que hagas
de tu parte lo que puedas.
Mar. En balde ustedes se cansan,
que nada he de comer, mientras
mi marido no me traiga
lo que le he pedido.
Todos. ¿Y qué es?
Mar. Agua de limon asada
en parrillas.
Inés. ¡Jesus, hija,
qué imposible extravagancia!
Mar. Yo no me antojo de berros,
sino cosas delicadas,
y esta noche he de cenar
otras dos cosas extrañas.
Mad. ¿Quáles?
Mar. Alones de pulgas,
y tierra de sacar manchas
en estofado.
Cel. Señora,
vos estais desalumbrada,
ó con iguales antojos
acaso estais empeñada
en que todos os tengamos
por ridícula: usted haga
por desechar las ideas
tan despreciables y vanas
que le acometen: no ve
que eso solamente es gana
de hacer rabiar al pariente,
porque es un pobre Juan Lanas,
y qué::-
Mar. Vaya usted con Dios,
por no decir noramala,
y hágame el gusto de no
volver jamás á esta casa;
que yo buscaré Doctor
mas contemplativo: vaya,
si mi marido lo oyera,
tras que él es bueno, bastaba
para descuidar del todo.
Cel. Señora, si ha sido chanza
solo por oiros saltar.
El demontre me mandaba, *ap.*
por no dexarla ser loca,
perder una parroquiana.
Claud. Luego lo conocí yo:
tiene sobrada crianza
el señor D. Celedonio
para quitar á una dama
su gusto.
Cel. Pues ya se ve.
Roq. Este es otro que bien bayla. *ap.*
Sale Criada primera.
Criad. 1.ª Señora, aquí estan las sopas.
Mar. ¡Jesus, muger, y qué taza
que traes tan grande! anda, ve
y ponlo en otra mediana.
Criad. 1.ª Si es de las mas chicas que hay.
Mar. Y que me compren cucharas
de á dos quartos la docena,
que no las quiero de plata.
Inés. ¡Qué mal gusto!
Cel. Dice bien,
que la madera es muy sana.
Mar. ¿No es verdad?
Cel. ¿Pues no lo digo?
y se le abrirán las ganas
de comer con la madera;
y yo no comiera en taza,
sino en ortera de palo.
Mar. Sí: que al punto me la traigan.
Mad. Eso es manía.
Mar. Señora,
si el Médico me lo manda.
Criad. 1.ª No, pues á poquitas de estas
la dexaré muy plantada.
Mar. Oyes, ¿qué estas ahí gruñendo?
Criad. 1.ª Claro: busque usted criada,
ó mude de genio, que
me canso ya de aguantarla.
Mad. ¡Habrá tal atrevimiento!
Mar. No seas desvergonzada,
que te abriré la cabeza.
Claud. Criatura, ¿no reparas
cómo esta?
Criad. 1.ª Esté como esté.
Cierto que si se desgracia
el mayorazgo, se pierde
la sucesion de la casa:
lo dicho dicho, agur.
Así si me da la gana
de pasearme este verano,
me ahorraré la circunstancia
de andar pidiendo licencia,

que me pongo colorada.
Mar. ¡Se dará insolencia igual!
Si no la harto de patadas,
mal paro.
Claud. Por Dios, señora.
Inés Lo que yo extraño es que hagas
caso de tales locuras.
Claud. Trabajemos en templarla
todos.
Cel. Si le hiciere mal,
ella se entiende, dexarla.
Salen D. Felipe y D. Luis.
Fel. ¡Jesus, señores, qué bulla!
Sepamos si es buena ó mala.
Mar. ¿Me traes eso que te he dicho?
Fel. No la habia preparada;
pero hemos quedado en que
la tendrán para mañana.
Luis. Eso es, seguirle el humor
con zumba, y no replicarla.
Señoras.
Mar. Dios guarde á usted.
Fel. Hola, ¿qué estás enfadada?
Cel. Amigo, no está muy buena:
bien necesitais cuidarla,
y que coma lo que quiera,
porque tiene una desgana
horrible.
Fel. ¿Y yo qué he de hacer?
Dentro voces.
Leche.
Otra voz.
Limas y naranjas
dulces.
Mar. ¿Muchacha?
Criad. 2.ª Señora.
Mar. Anda, ves al punto, baxa
por naranjas y por leche.
Fel. Mira que son muy contrarias,
hija.
Mar. Si se me ha antojado.
Fel. Señor Doctor, replicadla.
Cel. Nada que les sabe bien
hace mal á las preñadas.
Mar. ¿Lo han subido ya?
Fel. Ya han ido
por ella, muger, aguarda.
Claud. ¡Qué sean estos criados
tan lerdos! en todo tardan.
Mar. ¡Ay de mí!
Mad. ¿Qué tienes, niña?
Fel. ¿Por qué suspiras?
Mar. Por nada.
Inés. Una friolera que
tuvo con una criada.
Mar. No es eso.
Mad. Ya sé lo que es:
ella hace rato que anda
reparando el abanico
que trae su amiguita, y calla
de cortedad.
Juan. A tus pies
le tienes; ¿por qué no hablas?
Mar. ¡Qué cosas tiene usted, madre!
Mad. Pues si no es eso, es la bata,
que viste á Doña Manuela.
Juan. En todo caso que salga
del gusto del abanico.
Mar. No es esa mi mayor ansia;
pero en todo caso venga. *le toma.*
Fel. Muger, ¿que medio no haya
de reprimir tus antojos?
Amigo, desengañadla.
A D. Celedonio.
Cel. ¿Yo? seguro está; son estas
materias muy delicadas
para tratarlas de priesa.
Mad. Lo que es menester, que vayas
á ver á Doña Manuela,
y que averigües con maña
donde la bata sacó,
y otra como ella la traigas.
Fel. ¿Y si no tengo dinero?
Cel. Buscarlo, que está antojada.
Fel. ¿No dixisteis que era facil
de los antojos curarla?
Cel. Eso fue por engañaros,
pues es cierto que se hallan
poquitos casos en los
autores de embarazadas,
que han parido mamarrachos
por antojos. Verbi gracia:
Una preñada miró,
cierto dia que pasaba
por la calle de Valverde
con la vista levantada,

la media naranja de
los Basilios: fue á su casa,
y malparió un niño con
una berruga en la cara
tan grande, ni mas ni menos,
como la media naranja,
con su chapitel y todo.
Andense ustedes con chanzas.

Sale Criada segunda.

Criad. 2.ª Señora, ¿qué se ha de hacer
con la leche y las naranjas?
Mar. Lo que al Doctor le parezca.
Cel. O natillas, ó cuajada.
Inés. Tu Médico es muy gracioso.
Mar. Tanto, que me dan las ganas
de sacarle con los dientes
del cogote una tajada.
Fel. ¿Pues por qué no lo haces, hija?
que en los autores se hallan
muchos exemplares.
Cel. A
los pies de ustedes, madamas:
cierto que por la visita
bella propina me daban.
Fel. y Luis. Tome usted, señor Doctor.
Cel. Muchas gracias, muchas gracias.
Claud. ¡Cómo va! *(vase.*
Luis. Corre que vuela.
Roq. Primero voló mi caxa.
Inés. A Dios, hija, que ya es tarde,
y te pido que te vayas
á la mano en los antojos.
Mar. Estoy tan acostumbrada
ya, que sentiré parir
por solo dexar la maña.
Luis. Así son muchas, amigo.
Fel. No lo dudo, pues se agarran
de este pretexto, que solo
sirve de dorar la estafa.
Luis. La verdad decís, amigo.
Mar. Pues, hijas, hasta mañana,
que espero que nos juntemos.
Inés. Seguro esta que yo traiga
cosa buena.
Juan. Mejor es
no volver hasta que para.

Se van las amigas murmurando entre sí de Doña María y la Madre.

Fel. Corrido quedo, muger.
Di, ¿no te se cae la cara
de vergüenza?
Mar. ¿A mí? ¿de qué?
Fel. De que pides, y que agarras
quanto ves.
Mar. Si se me antoja.
Mad. Déxale, chica, y no hagas
caso, que tu gusto es antes
que quanto murmuren malas
lenguas.
Fel. Pero, madre mia::-
Madre, é hija. Patarata, patarata.

FIN.

VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN.
Año 1814.